

Aurora habló de la historia del país fabuloso la noche en que aceptó subir tarde a la habitación de Grandi a tomar té y cruzó el gran patio de la terraza, dilatado por la luna, para rascar la persiana de la puerta. Él la vio sonreír, el cuerpo encogido, y entrar con paso rápido y silencioso, arrastrando los pies con blandura, las manos escondidas bajo el abrigo y una capucha en la cabeza; cargada de misterio, de ilegalidad y de una alegría movediza mientras se mantenía de espaldas a él, en el último rito de esconderle la cara. Luego se sentó en el borde de la cama, mirando la base del cono de luz sobre sus zapatos, hablando con un tono de voz desconocido, sujeto a un innecesario susurro, la respiración veloz que la hacía mostrar el borde de los dientes en la boca oscurecida. Y aparte de lo inevitable, aparte de tener una muchacha en la noche en su habitación, Grandi no sintió ningún deseo especial por ella, ningún impulso de acercarse a tocarla, seguro además de que la muchacha estaba tan vacía como él, aquella noche y las otras.

Pero estaba rodeada y cargada con la aventura y temía al fracaso como a una herida. La falsedad la hacía equivocarse, confundir los movimientos, olvidar frases imprescindibles que él continuaba esperando muchos minutos después del momento en que debían haber sido dichas. Del incomprensible compromiso de permanecer desconocida para él, Aurora extraía gestos extraños, sonrisas de alguna mujer cualquiera, movimientos ajenos que parecían sucederse fuera de su cuerpo y que su cuerpo mostraba olvidar en seguida. Después descansó, finalmente en el último momento de la noche, con la boca abierta y torcida, sorprendentemente fea, alejándose de él con el pelo que ondulaba en la penumbra hasta la alfombra.

Todavía ahora podía recordarla peinándose ante el espejo del armario y examinando su cara; buscando en silencio, ansiosa y decepcionada una novedad cualquiera; mendigando a la imagen de muchacha con nariz larga, despintada, una minúscula huella, un pliegue o un resplandor que hubieran sido agregados y que pudiera contemplar mañana y usar como camino certero para reconstruir la noche y conocer a la mujer que había estado con Grandi.

También podía recordarla, un momento antes, aproximando su sonrisa a la luz un poco sangrienta de la estufa donde susurraba el agua para el té, en cuclillas, separando bruscamente la cara para examinarlo a él y guiñar, siempre sonriendo; pero no con la sonrisa hechizada que había aproximado a la estufa y que la aislaba junto al resplandor circular, sino con la expresión de complicidad aceptada que no se refería a

la noche y lo que ésta pudiera contener; que estaba más allá de la sensualidad y que unía a ambos en la inteligencia de lo inexpresable de la vida y de las variantes del destino humano.

La mirada ahora quieta, colocada en su visión inmediatamente después de la zona de aire que perturbaba la forma de las flores y trataba de evocarla —esa redonda frente que blanquea en la luz, esa oreja gruesa y firme, esa aplacada raya de la boca— junto a su cara en las noches de aquel otoño y aquel invierno. Evocaba la neblina del miedo en los ojos de la muchacha, la frase estúpida que ella balbuceó cuando forcejeaban.

Una tarde ella le dijo que deseaba no verlo más y le pidió que se mudara. Comenzó a pasar a su lado en la escalera de la pensión o en el comedor sin mirarlo, sin propósito de huirle, sin mostrar estar ocupada en la construcción de algo que sirviera para separarlos, como si ella misma se hubiera abatido repentinamente como sus manos, vacía y floja, sin nada para dar. En aquel tiempo Carlota comenzó a venir algunas noches a comer con Aurora y el padre, y Grandi se distraía comparando la cara de su amiga con el perfil rubio de la otra, que mostraba un único ojo solitario separado de la nariz recta y angélica.

Después tuvo un excesivo final de cuarenta y ocho horas, hundido en el remordimiento y el terror y en el descubrimiento del pecado. Todo junto, empujado dentro suyo con rabia y fuerza para que todo pudiese caber; una sola vez en la vida, era cierto, pero inolvidable y angustioso aún. Esa misma mano que se enlazaba ahora con la de Julio había estado contraída rodeándole un brazo mientras el taxi avanzaba interrumpido, a las once de la mañana, un 9 de Julio, entrando entre la muchedumbre que esperaba y perseguía los ómnibus, haciendo sonar una insoportable bocina entre las casas embanderadas y las gentes con escarapelas en el pecho. Él iba sintiendo el retenido odio de Aurora girando en la cabeza que la muchacha apoyaba en un rincón del coche, y medía el miedo por las contracciones de los dedos en el brazo, un miedo animal ante la inminencia del martirio que la obligaba a aquel contacto, a unirse a cualquier ser vivo, Grandi inclusive; a difundir en cualquier otro su conciencia, a quebrar la soledad con las puntas de los dedos apretados contra el calor de un brazo para que el miedo no lograra colmarla. Grandi conoció la imperdonable sonrisa y la estirada palabra de ternura en la puerta del consultorio; conoció el café hirviente bebido de un trago en el bar de la esquina, el primer telegrama de un diario de cinco centavos releído una y otra vez, con los dientes apretados, sin entenderlo. Conoció la lentitud del segundero tembloroso en la esfera amarillenta del reloj, la mirada con que estuvo lamiendo las caras de las gentes en el mostrador y a través de los vidrios del bar, suplicando una expresión cualquiera, un gesto, un defecto o una peculiaridad física capaz de distraerlo y de interponerse entre él y la rígida imagen de una mujer perniabierta entre premura, algodones y sangre. Después estuvo esperando en la esquina, apoyado en un árbol, abrumado cuando la gente lo rodeaba y perdido cuando lo abandonaban para alcanzar los coches.

Entró en una panadería y llamó por teléfono a Lankin clavando enfurecido el dedo contra el número ocupado. Regresó a la esquina y empezó a pasearse: desde el tercer árbol vio a Lankin en el balcón, inclinado, enorme, moviendo la cabeza para buscar, con la túnica abierta. Entonces estuvo seguro de que la muchacha había muerto y supo que había un castigo para la culpa; se sintió en paz repentinamente, solitario y protegido de todo daño. Subió lentamente la escalera charlando con la enfermera. La sala de espera estaba vacía.

Cuando la mujer vestida de blanco lo dejó solo, abrió la puerta del consultorio y vio a Aurora estirada en la camilla, con las piernas tapadas con el abrigo; y mientras se fue acercando, oyendo el inevitable roce de los zapatos en el linóleo, amó desesperadamente la cabeza pálida de ojos hundidos y cerrados en una grasitud azulosa, y la nariz larga, de agujeros retintos. Aurora movió la cabeza y lo miró; sonrió en seguida y él tuvo que inclinarse, estirar el brazo y acariciar el pelo de la muchacha. Lankin abrió la puerta y dijo una frase riendo. Nunca había hablado tan fuerte. Grandi se apoyó en la camilla y miró agradecido a Aurora. Después discutió con Lankin que se paseaba con un libro en la mano, mientras escuchaba las voces y las bocinas en la calle, los ruidos de la sirvienta en el comedor poniendo la mesa para el almuerzo.

De todo eso, después, nada más que alguna mirada fija de Aurora cuando venía a buscar a Carlota y tenían que esperarla juntos. «No debe haber ningún recuerdo de ella —pensó— y nos une solamente el hecho de que ella pueda mantener sus ojos inmóviles en mi cara, silenciosa, durante un tiempo; y que yo pueda medir en su rostro, en sus movimientos y en su manera de hacer las frases todo lo que se le ha ido agregando, todo lo que le fue quitado o yace en ella, sin vida, sin influencia, como la pequeña cicatriz que tenía junto al ojo izquierdo y que ha descendido ahora hacia la mejilla. Y esto basta para que ella sea otra mujer, para que no haya estado nunca desnuda conmigo distante por igual de mi recuerdo y de la muchacha de la nariz larga que comía de espaldas a la chimenea en la casa de pensión. Ella no podría imaginar ya nunca cómo ese aislado y hundido recuerdo que persiste en vivir sin alimento ha llegado a ser mi secreto y cuánta importancia tiene en medio de mi confusión cuando quiere mirarme. Más significativa que todo, está la noche en que ella se inclinó junto a la estufa y persiste el mediodía en que el taxi avanzaba lentamente hacia la casa de Lankin».

—Yo voy a pasear —dijo Lankin—. No quiero esperarlos.

Caminó dos veces, de un lado a otro de la habitación emparedado por el silencio. Se detuvo frente a Grandi y lo miró un rato.

—Voy a pasear —repitió finalmente.

Grandi movió la cabeza y lo vio abrir la puerta y salir al corredor, sin abrigo ni sombrero. «Y Alcides para agregar —pensó Grandi—; ese pobre chico. Solo yo puedo

saber con cuánto disimulo le hablé esta tarde y con qué mirada observé el cuello gastado de su camisa, la corbata arrugada, los zapatos deformes y opacos que retiró finalmente hacia la sombra de la mesa, como si escondiera los pies sucios. Cómo estará todo eso ahora, con la sangre. Y el recuerdo de mi entrevista de hoy, ahora que ha muerto, tendrá que quedar en mí, tendrá que ir a depositarse a la sucia negrura donde están las noches con Aurora y el aborto a mediodía. Solo yo seguiré sabiendo con cuánta protección y desdén le golpeé despacito el hombro al terminar de hablarle, haciendo sonar la más mala de las risas sobre su cabeza. Y no lo hice para que se matara; no lo hice siquiera para convencerlo de que yo tenía razón. Nada más que para que no continuase mirándome y sonriendo con aquella expresión inquieta de su cara de adolescente enclenque, con el brillo de burla de su juventud ante un hombre al que considera definitivamente terminado porque tiene el doble de su edad y no conserva más que el nombre y algún carcomido rasgo para convencer de que fue, él también, un ser ansioso e implacable, en el pasado desvanecido, en un nublado 9 de julio, en un taxi».